

La recepción de Obama en Cuba

Edilberto Luaces
Activista político
La Habana, Cuba

Hay una diferencia entre impacto y recepción. El impacto es algo así como el choque de un objeto o noticia sobre otro objeto o persona. La recepción es la capacidad que ese objeto o esa persona tienen para asimilar el impacto y cómo lo «metabolizan» para incorporarlo y convivir con él y con sus reales y eventuales consecuencias. De modo que, para tratar con el impacto y con la recepción, es importante la preparación que se tenga para afrontar los elementos.

Cuba entera fue impactada con la elección de Barack Hussein Obama como el presidente 44 de los Estados Unidos de América. Un negro presidente es concebible en África, pero en ninguna otra parte del mundo, y mucho menos en los Estados Unidos. Si alguien en la Isla esperaba con seguridad que Obama pudiera ser elevado a tal condición, estaba desafiando los propios datos de su entorno cultural para aventurarse como adivino insular.

Algo de esto hubo por aquí, pero a juzgar por la reacción de esos adivinos, su premonición fue la expresión más nítida de su deseo: que un negro fuera electo como presidente en el lugar menos pensado. Incluso, muchos de los que deseaban la buena nueva, lo hacían más por provocar psicológicamente al gobierno, tentando su reacción, que por algún criterio posmoderno de posracialidad.

Ahora bien, el impacto depende mucho de

quien lo reciba. Es preciso distinguir por sectores, grupos raciales, intereses, visiones políticas y lo que podríamos llamar el sector culturalmente obstinado de la sociedad cubana, compuesto por personas siempre decididas a negar las mismas pruebas porque no se acomodan a sus ideas más acariciadas.

Empiezo por aquí, aunque no repararía todo el espectro posible, que requiere indagar más detalles. El sector obstinado recibió muy mal la noticia. Obama representa la destrucción de todo el andamiaje teórico, cultural y político en el que ha vivido por casi cincuenta años. Este sector tiene ya más de 60 años, aunque muchas personas de esa edad querían a Obama en el lugar que ahora está, y es profundamente racista. Viven fundamentalmente en las provincias centrales, en Holguín y en las zonas rurales que rodean a la Ciudad de la Habana.

Este sector es multirracial (blancos, negros y mestizos) y no tiene conciencia ni información clara de lo que realmente está ocurriendo en el mundo. Prácticamente no ha salido de Cuba y su mejor asociación de lo que significa un negro anda por la música; quizá por el boxeo, si no el deporte en general; y por la guapería. Como este sector ha estado disponible para recepcionar el bombardeo mentiroso de los medios oficiales acerca del racismo en los Estados Unidos, admite menos que nadie la



Ceremonia de juramento de Barack H. Obama como presidente 44 de los Estados Unidos

posibilidad de que la sociedad norteamericana esté en sus cabales con el acontecimiento.

En este sentido está, con menos información que la que poseen muchos cubanos en Norteamérica, en la misma posición de aquellos que allí no acaban de despertar a los Estados Unidos de América pos noviembre 4 de 2008. Un dato interesante: la información no lo es todo; se necesita, además, *información para la formación*, que es lo que permite asimilar determinados hechos considerados desagradables.

Para este sector la explicación va por el complot: fuerzas superiores, intereses espurios cavilando en minoría, se dieron cuenta de que los Estados Unidos, después de Bush, necesitaban una nueva imagen, un nuevo rostro que devolvieran la confianza global en el *American Way of Life*. Esos intereses se encargarán, en el transcurso de estos cuatro años, de atar corto cualesquiera veleidades liberales de este hombre, que simplemente se ha colado en la Casa

Blanca gracias a la somnolencia yanqui.

De ahí que, para este sector, la recepción de Obama es la misma que se tiene frente a una lluvia pasajera. Se le acepta, porque siempre que llueve, escampa; es decir: Obama será asesinado a la vuelta de una esquina washingtoniana, aunque no ande en carro descapotable como John F. Kennedy. Así piensan, y andan algo desvelados para enterarse antes que los demás de la noticia.

Este sector profundamente racista, y que el 4 de noviembre, pasadas las 12, tuvo una de las peores noches de su vida después de la caída del Muro de Berlín, se subdivide en varios subsectores.

Uno es el sub-sector, digamos, mediático. Compartiendo el mismo diagnóstico de impacto, su recepción es fundamentalmente sutil, a pesar de que en momentos de desesperación, mete la pata y pronostica que Obama, un hombre de 47 años, puede fallecer de muerte natural. Este sector está invadido por gente algo



Júbilo popular en la Explanada Nacional de Washington

joven, militantes del Partido o la Juventud Comunista, y pulula en los medios oficiales. Se les pudo ver, y se les vuelve a ver con el mismo talante, en la Mesa Redonda de la Televisión Cubana, que puede ser considerada como uno de los reservorios mediáticos más racistas del hemisferio occidental.

Este sub-sector ha recepcionado a Obama con sutileza política. Como refleja las veleidades del poder, no puede darse el lujo de aparecer políticamente incorrecto frente a lo que pueda venir y frente a la rápida reacción de los afroestadounidenses ante cualquier manifestación de racismo. Este sub-sector recuerda bien lo que le sucedió al ex presidente mexicano Vicente Fox cuando humilló a los orgullosos negros del imperio, y tiene la capacidad mimética de aparecer, mañana, como los nuevos *Black Panthers* del Caribe.

Otra subdivisión es la que llamaríamos el sub-sector político. Se dice que por sus pala-

bras lo conoceréis, pero en Cuba podría acunarse: por su silencio, también los conoceréis. Este sub-sector no se aviene a la idea de enfrentar a un presidente que reúne varias malas noticias: demócrata de tendencia liberal, joven e inteligente, con nuevo discurso que llevó a votar a más de 120 millones de norteamericanos y atrajo a la juventud, audaz y capaz de levantar el embargo contra Cuba con dos frases de encantamiento al Congreso, y sobre todo negro. Mucho para un solo corazón formado en la idea de que los blancos son superiores.

Ante estos hechos, el silencio. No para ver qué pasa, sino para ver cómo se acomoda en un mundo que va dejando poca cabida a la tontería política. Porque lo que tenía que pasar ya está pasando: una revolución global en todos los órdenes, que quiebra todos los paradigmas políticos establecidos. El gobierno ordinario de Obama es lo que menos importa. El problema es cómo resolver el dilema cultural que

siempre ha tenido en Cuba el ya viejo criollismo en el poder: qué hacer con nuestra mitad negra.

El dilema de este sub-sector se entiende mejor contrastándolo con el dilema de otra subdivisión de los obstinados: el sub-sector liberal de la nomenclatura cubana, situado en las profesiones, en las universidades, en los centros de investigación, en la elite cultural y en un pequeño etcétera. Para ellos, Obama presidente significa algo interesante, pero se enfrentan al tipo de situación que describe el chiste del pájaro agorero. Este se les acerca y les dice: tengo una buena y una mala noticia que darles. ¿Cuál es la buena?, preguntan nuestros liberales. La buena noticia, responde el pájaro, es que en los Estados Unidos acaban de elegir a un presidente demócrata, algo parecido a Kennedy, algo parecido a Carter, favorable a un cambio de política hacia Cuba, lo que puede favorecer la normalización de las remesas, el regreso de nuestras familias y la posibilidad de retomar nuestro último viaje pospuesto a ese grandioso país. ¡Qué bien!, exclaman los liberales comunistas —conocidos en Cuba como YUMMI, es decir: Jóvenes Marxistas de Movilidad Incrementada, por sus siglas en inglés. Pero, ¿cuál es la mala noticia? Pues la mala, contesta el pájaro, es que ese presidente, que es todo lo que necesitábamos para volver a nuestras andadas, es un negro. Y no se sabe si esto puede ser o no un problema para ustedes, si miran bien debajo de la mesa.

El racismo del sub-sector político liberal confirma el racismo de sus *patners* más duros y explica el silencio global de todo este sub-sector. Pero el contraste que ofrece la recepción de la noticia en sectores populares es altamente alentador. En Santiago de Cuba y Guantánamo es una apoteosis. En algunos lugares

de La Habana, para compensar la depresión en otros, hubo gente que festejó y otros que querían salir en conga. En zonas del Vedado, muchos ciudadanos en una fusión posracial, se juntaron frente a los televisores de algunos hoteles para seguir paso a paso el acontecimiento y explotaron de júbilo cuando se confirmó la noticia. Conozco una escuela internada en la que los estudiantes bailaron al enterarse, y gente que quería crear clubes obamistas en diferentes lugares del país.

Esta reacción popular conlleva una paradoja terrible que corrobora el desfase tanto político como cultural de Cuba: el presidente del país enemigo, el país que estructuralmente define toda la política de Estado en la Isla, es más popular dentro de ella que sus propios líderes. *Cubabarómetro* prepara una encuesta que arrojará científicamente un resultado y, por supuesto, un análisis. Pero lo cierto es que el impacto popular de Obama en Cuba se puede explicar por la recepción que ha tenido en la Cuba profunda, aunque no en su parte rural.

El significado es cultural. Se respira un nuevo orgullo racial en Cuba, que incluye a los *negrotoms* (por aquello de la Cabaña del tío Tom), quienes abundan en la Isla y descubren una nueva fuerza para definir su lugar. Y todo el andamiaje cultural del Estado no sabe cómo explicar que un apellido africano (Obama) haya superado a un apellido escocés (McCain) en la competencia por el primer asiento del imperio y en medio del racismo segregacionista. En Cuba, donde un Rodríguez tiene más oportunidades que otro Rodríguez si la diferencia pasa por la raza, y donde un racismo cordial, fraternal y amistoso nos confunde en la separación, lo de Obama es simplemente demoledor. Otra cosa es lo que se pueda hacer y decir desde el cinismo.